

SUEÑO POLÍTICO

SOBRE

LAS CONSECUENCIAS DE LA GUERRA DE AFRICA,

POR

D. NICOMEDES MARTIN MATEOS.



MADRID:

IMPRESA DE J. VIÑAS, CALLE DE PIZARRO, NÚM. 3.
1860.

t. 1392993

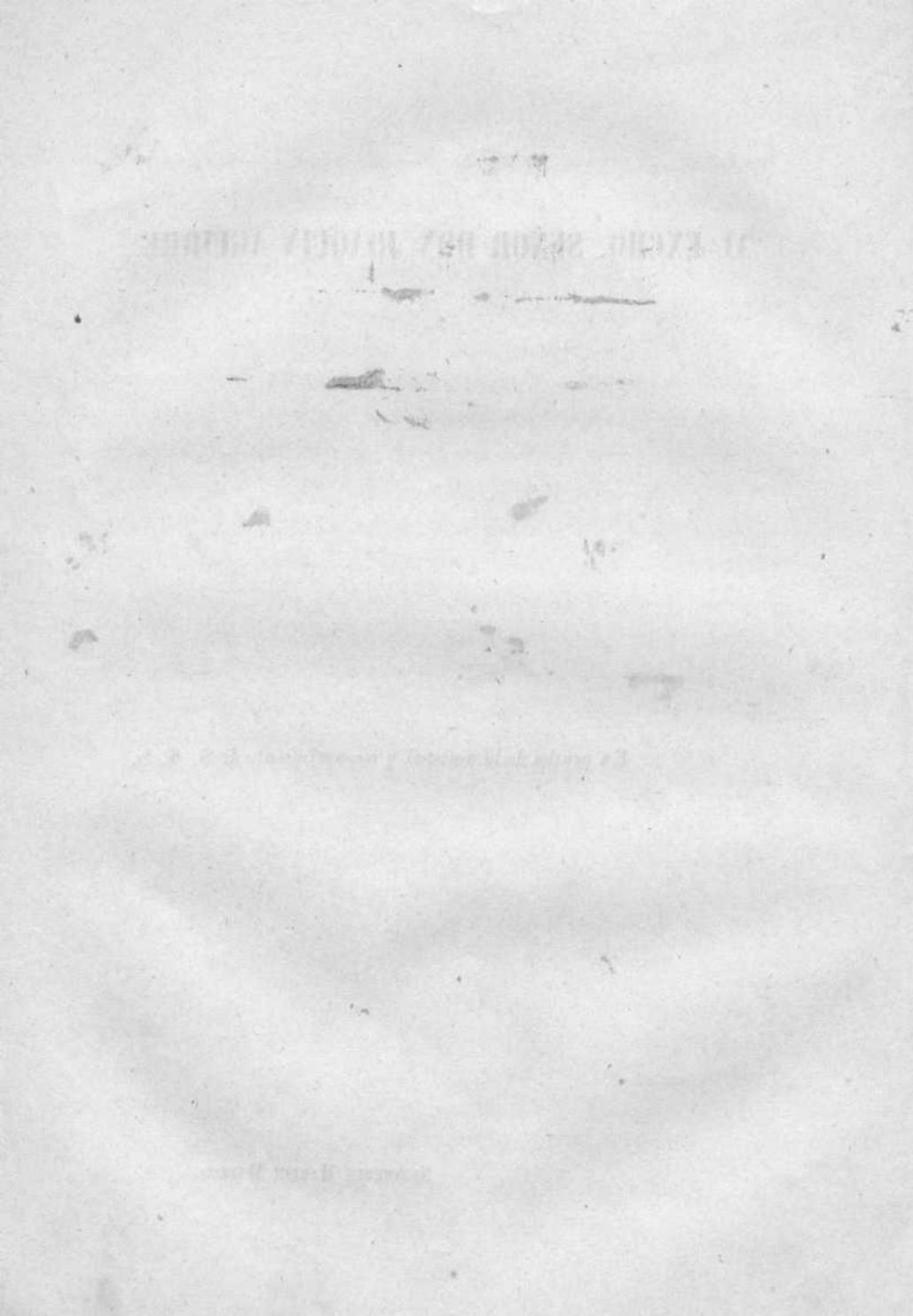
c/

R. 178866

AL EXCMO. SEÑOR DON JOAQUIN AGUIRRE.

En prueba de la amistad y reconocimiento de S. S. S.

NICOMEDES MARTIN MATEOS.



SUEÑO POLITICO.

MEDITABA sobre los destinos de España en la misma noche que habia llegado á mi pueblo la noticia de la terminacion de la guerra de Africa. ¡La guerra de Africa! ¡Qué entusiasmo tan general, aun en los que desconocen nuestra historia! ¡La historia! ¿Qué es la historia? La de los antiguos pueblos no es mas que el catálogo de sus guerras: la de los pueblos modernos es el de los progresos en la vida social, y sus guerras de corta duracion no son mas que un accesorio. ¡La historia! ¡Sublime estudio que pone á los muertos de pié para que sirvan de espejo de la vida, para que constituyan el eco de lo pasado y la profecia de lo futuro! Es la voz de la humanidad, voz imponente y magestuosa, voz compuesta de mil voces; de la humilde voz de las aldeas, de la altiva voz de las ciudades, del quejido de los oprimidos, del soberbio tono de los opresores, y todas ellas reasu-

midas en la profunda sentencia: *vaticina de ossibus istis*.

¡Qué sublime es nuestra historia! Desde la derrota en la funesta orilla del Guadalete hasta la conquista de Tetuan, ¡cuántos sucesos encadenados entre sí! ¡Cuánto heroísmo! ¡Cuántos errores! Y esto no obstante, ¡con qué magestuosa lentitud marcha nuestra nación á su providencial destino!

¿De dónde vienen esas aspiraciones misteriosas que hoy agitan nuestra patria? De las confusas luces que comienzan á surgir de las entrañas de su historia. Todos los corazones sienten latidos de un presentimiento indefinible. ¿Cómo descifrar tal presentimiento? ¿Cómo satisfacerle? Por la historia misma. Los que gobiernan los pueblos, decía Bossuet, no son dueños de las disposiciones que los siglos intercalaron en la vida de los mismos.

Vogando en este océano de pensamientos, la noche avanzaba, el sueño me rendía y triunfó al fin. Soñé, ¡extraño sueño! Soñé me encontraba en una anchurosa plaza cuajada de hombres de distintas épocas, segun los trajes que llevaban. La guerra de Africa era la órden del dia en aquel congreso indefinible. No podía percibir bien lo que unos y otros decían, hasta que una de aquellas magestuosas figuras subió á una especie de tribuna motivando en el instante un gran silencio.

«Españoles, dijo: Dios nos ha permitido levantarnos de nuestros sepulcros para discutir los destinos de nuestra querida España, para aconsejar á nuestros descendientes el rumbo que deben seguir despues de tan deslumbrantes victorias. Es preciso advertirles que las ricas variedades de la historia no pueden desaparecer al débil soplo de los políticos: que los siglos no son mas que páginas de un gran poema que solo comprendemos los que hemos bajado á la mansion de los muertos. Yo

principié el gran drama que hoy toca á su desenlace, y creo, por tanto, ser el primero á quien corresponda la palabra. ¿No es así?—Muchas voces —Sí, sí, hablad, hablad.»—«Vosotros sabéis, queridos compatriotas, que hay ideas que empujan á la humanidad sin hacer ruido; las hay que dirigen la corriente de la historia sin mezclarse casi en ella: tales son las preexistentes en la mente de Dios, que pudiéramos llamar gérmenes de las naciones. Yo lo sostengo y mi historia lo patentiza. Cada nacion procede de un gérmen que su libertad puede fecundizar, y que la esclavitud no puede arrancar nunca. Por esto mismo ningun pueblo suele avanzar hácia el futuro sino en virtud de cierto impulso que viene de su pasado. Voy, pues, á referiros algo de los verdaderos orígenes históricos de nuestra patria.» Escuchad:

Un siglo hacia que Mahoma habia dejado la Meca para retirarse á Medina, la ciudad santa, cuando el Califa Walid, que imperaba desde las fronteras de la China hasta las estremidades del Africa, recibió una carta de Muza, gobernador de esta, en la que le pedia el permiso de agregar á su vasto imperio una nacion que aventajaba á la Siria en la dulzura del clima y en la transparencia del aire, en riquezas agrícolas al Yémen, en flores y perfumes á la India, en preciosas minas al Kate, y al Eden en deliciosos puertos.

El califa admitió la oferta de Muza, encargándole solamente no se fiase de los traidores, como el pérfido don Julian á quien ya conocéis. En 710 atravesó Tarif el estrecho con 500 hombres para hacer un reconocimiento: volvió al Africa despues con un rico botin alentando á Muza á la conquista de España. Al año siguiente 12,000 hombres desembarcaron en la Isla Verde, que

hoy llaman Algeciras, fortificándose al pié de esa enorme roca que llamaron Puerta de la entrada y hoy Gibraltar. ¿Me entendéis?—Muchas voces—Sí, sí, Gibraltar, baldon, baldon!

El orador esforzó la voz para ahogar la de la muchedumbre y continuó:

«Los africanos estendieron fácilmente sus conquistas, obligando al rey Rodrigo á reunir todas sus fuerzas. Bien lo sabeis; los dos ejércitos se encontraron el 26 de agosto de 711 en las llanuras que baña el Guadalete; no os diré lo que allí pasó, no quiero recordar tan dolorosas escenas. Repetiré con uno de vuestros poetas:

«Que la molicie, el crimen nos mandaban.»

Muchas voces.—Es verdad: los pueblos pagan las faltas de los que los gobiernan....! Sí, hijos míos, verdad es; pero no es menos cierto que

. los vicios, la insolencia
De Witiza y Rodrigo á Dios cansaron;
Y ya la copa de su enojo llena,
Abrió la mano y la vertió en los Godos
Que tan torpes escándalos sufrieran.

—Profunda sensacion.—

Yo, hijo de Favila, duque de Cantabria, acompañaba al rey Rodrigo en calidad de jefe de sus guardias de Corps. Salí con un puñado de valientes de aquellas llanuras sembradas de cadáveres, buscando un asilo que encontramos al fin en esa larga y estrecha orilla de las montañas de Asturias: los asturianos, nobles de suyo, nos acogieron con cariño, partiendo con nosotros lo poco que poseían....!

Esas montañas fueron el punto de reunion de todos los que prefirieron, como dijo Tácito, una libertad peligrosa á una esclavitud pacífica. Allí encontramos una enorme cueva, llamada

hoy Covadonga, en la que deposité un relicario trabajado en Jerusalem por los discípulos de los apóstoles, que al fugarse de Toledo me había entregado su arzobispo Juliano. Cuando los asturianos supieron que Covadonga guardaba tal relicario, dijeron: «Dios está con nosotros y seremos invencibles.»

En 719 me proclamaron rey ¡reino precario! Reino estrechísimo que solo se extendía á cortas leguas de áridas montañas, sin mas vasallos que unos pastores, sin mas ejército que unos pobres fugitivos, sin mas palacio real que una caverna.—Gran sensacion.

Pero escuchad: Organicé la reconquista que los prudentes graduaron de temeraria. A medida que avanzábamos, plantábamos la cruz en las crestas de los cerros y mandábamos colonias á los terrenos conquistados, indemnizando á sus moradores por los peligros que corrian con privilegios solemnemente garantidos, llamados Fueros. ¡Ojalá que los reyes, mis sucesores, no hubieran olvidado nunca la adquisicion de aquellos derechos! Que hubieran tenido siempre presente que el español, sin distincion de celtibero ó de godo, llegó á ser noble en nombre de Cristo y de la libertad! Así fué constituyéndose España, pieza por pieza, y tuvo razon Zurita, el mas crítico de nuestros historiadores, al decir que los reyes de España se asemejan á los primeros del mundo; pues ganaron palmo á palmo sus estados.

Los que llegásteis despues al escenario de la vida, los que habeis visto esas súbitas llamaradas de patriotismo cuando menos se esperaban, los que palpais ese sentimiento de igualdad que circula por las venas de nuestros descendientes, los que habeis presenciado ese entusiasmo por la guerra de Africa, responded todos á esta sencilla interpelacion: ¿No es verdad que toda

nacion procede de un gérmen y que el de nuestra patria fué planteado por mí en las montañas de Asturias?—Varias voces.—Es verdad, es verdad.—Las turbulencias de la aristocracia, las hogueras de la inquisicion, la opresion del absolutismo ¿pudieron acaso en tantos siglos de trabajo arrancar aquel gérmen de independencia, de igualdad y de amor á la fé de Cristo?—Nunca pudieron lograrlo.—Pues graduad lo que valen esas ridículas aserciones de los politicos que propalan que nuestra querida patria es un país de contrastes, donde nada puede ser calculado ni previsto. Y es porque ignoran, hay en nuestro suelo semillas que durante algunos siglos parecian podridas; porque la accion del aire y del sol no las tocaba. Pero esperad que un soplo de patriotismo pase por cima y vereis si germinan, florecen y fructifican. Ved lo que ha sucedido con la guerra de Africa: considerad lo que puede acontecer con cualquiera intentona de reaccion y convendreis conmigo en que estas ideas primitivas latentes en el alma nacional, solo esperan ocasion, direccion y ayuda.

No quiero decir que el génio de España carezca de defectos: siempre fué el génio de la resistencia contra las invasiones estereiores, el de una tendencia invencible al federalismo y el de un gran desvío á la unidad. Si leis lo que Strabon y Diodoro dijeron de los primeros moradores de España, os parecerá que hablaron de los de mi época y aun de la España actual. Tres siglos de absolutismo no lograron hacer la unidad mas sólida, y si hoy la guerra de Africa les ha reunido, desconfiemos de que les haya unido. La monarquía en verdad dió á nuestra patria cierta unidad, pero ficticia é incompleta. Carlos V, por ejemplo, emperador de Alemania y dueño de la mitad de Europa,

no pudo cobrar las contribuciones en Castilla, ni destituir á un alcalde de Vizcaya. La mejor conquista para nuestros hijos es sin duda la unidad política, difícil sí, pero no imposible, si cada uno de sus elementos sociales, quiero decir, si la aristocracia, el clero y la monarquía llegan á persuadirse que el pueblo ganó con el sudor de su frente la península, que hoy sería de los hijos de Islan sin mis esfuerzos y los suyos.

Esa unidad política es hoy mucho mas precisa por la situación en que se encuentra la Europa. Una parte de ésta se asemeja á esos turbillones de que hablan los astrónomos, átomos circulando en el espacio, ya divididos ó dispersos, ya asociados como oscuras nubes, y cuyos movimientos y combinaciones pueden formar un número de astros que nadie ha previsto. Tended la vista por la Italia, por Polonia, por Hungría y decidme: ¿Quién se atreverá á señalar con el dedo las divisiones normales de Europa? Quién podrá decir: «tú serás nación, tal será tu capital, tus fronteras se extenderán hasta allí...?» Esto corresponde mas al Creador que al hombre. La Providencia por medio de esos movimientos políticos imprevistos, por las guerras, por las colonizaciones, por la industria, por el brillo de las ciencias, conduce el mundo ó sus altos fines sin que lo adviertan los que se llaman sus directores y soberanos. La armonía general del mundo requiere la armonía preliminar de sus partes mas esenciales. Sea cual fuere la constitucion definitiva de Europa, nuestra España será uno de sus principales cuarteles, un cuartel determinado ya, bien circunserito y definitivamente arreglado tal cual se encuentra. Su historia parece escrita en su configuracion física, como el carácter de un hombre en los perfiles de su rostro: su espíritu, que nunca muere, ostenta al través de los si-

glos sus viejos hábitos y tendencias. Su fé en Dios y su desconfianza en los hombres prueban ha sufrido mucho, ha sido engañado mil veces, ha derramado su sangre en el Golgota de la historia y en mi humilde sentir próxima está su resurreccion. Ayudémosle con nuestros consejos autorizados por nuestra vejez misma y confiemos todos en que la nacion que identificó su vida con la defensa del cristianismo debe esperar grandes recompensas.»

El orador bajó de la tribuna entre multitud de aplausos y á poco subió á la misma un anciano venerable y melancólico, al parecer, de aquella funesta época de nuestras mayores discordias.

«Españoles, dijo, acabais de oir al gran Pelayo lleno de esperanzas que nunca se estinguen en los que abrigaron tanto patriotismo. Yo llegué al mundo algunos siglos despues que él comenzara la gran Iliada contra los hijos del profeta. La pujanza de estos no fué la sola causa de la prolongada duracion de aquella. Confesemos nuestros defectos y que nuestros hijos aprendan en ellos. Hablaré como lejislador y solo de aquellas cosas que puedan serles útiles en la situacion que hoy se encuentran. La historia y la lejislacion se aproximan por mil puntos. Las leyes cambian, pero el carácter del pueblo á que se destinan, ese rasgo de fisonomía nativa que se encuentra en todas las edades de una nacion es indeleble. Mucho pueden aprovechar nuestros hijos estudiando sus códigos, vestidos usados que una sociedad desecha á medida que envejece. Que vean en el *Forum Judicum* la preponderancia de la Iglesia: en los *Fueros*, la carta democrática de España, en las *Partidas* la del poder real, en el *Foro Viejo* la sancion del triunfo de la aristocracia sobre la monarquía.»

«El *Forum Judicum* reflejaba la organizacion civil y politica de los godos y siguió rigiendo algun tiempo despues de la conquista musulmana. Pero ya lo indiqué, los códigos quedan inmóviles y los pueblos andan : nuevos poderes, nuevos intereses, y nueva vida hacian precisas nuevas leyes, y de aquí la aparicion de los *Fueros*; cartas otorgadas por los reyes á los pueblos que fundaban, tanto mas ricas en privilegios, cuanto mayores eran los riesgos que aquellos corrian. Recordad en confirmacion lo que decia el Fuero de Cuenca: «*Quicumque ad concham venerit populari, sive Chistianus, sive maurus, aut judeus, servus aut liber veniat secure, et non respondeat pro inimicitia, vel debito.*»

»Estos Fueros crearon en nuestra patria la clase media de artesanos y agricultores, hombres libres que asociados entre sí fueron llamados *vecinos* y precisados á tomar las armas en su propia defensa y en la de su patria. De aquí el espíritu militar que unido al de libertad caracterizó á los municipios españoles y produjo la altivez de los comuneros. Tales pueblos tomaron un rápido incremento de fuerza, de riqueza é independencia que contrastaban con la triste condicion de los colonos ó vasallos de la nobleza, agrupados en pobres chozas en torno de los castillos feudales y sujetos al capricho de sus señores. Por esto el carácter general de los Fueros fué el de una tendencia marcada á restringir la autoridad de los nobles y aumentar la de los reyes. Todos recordais que durante las largas guerras civiles que desolaron las Castillas, la nobleza pujante por la debilidad misma del poder real despreció los Fueros de los Comunes. Consecuencia de esto fué la horrible anarquía que reinó en todo el país: dentro de las ciudades los asesinatos y las violencias y en los caminos los ban-

didos. No se encontró por entonces otro remedio que la union de los municipios en hermandades ó ligas, autorizadas por los reyes como un contrapeso al poder de la nobleza. Escuchad una de las cartas de hermandad de treinta y dos villas de Leon y de Galicia, redactada en Valladolid en 1295.»

«Si los reyes ó sus oficiales violasen las franquicias de alguno de los Comunes, se reunirán todos para defenderle: si un noble ó un clérigo se apoderase de los bienes de un vecino ó de un consejo, todos los otros le ayudarán á desvastar los dominios del agresor y á conseguir satisfaccion: en caso de muerte de un miembro de la federacion, todos se unirán para matar al asesino y devastar sus propiedades: será matado el juez que por sí mismo ó por mandato del rey hiciese ejecutar á un vecino sin el juicio solemne conforme con nuestros Fueros: se matará tambien á cualquiera que venga en nombre del rey reclamando contribuciones ó diezmos no establecidos por los Fueros: que todos los Comunes elijan para sentarse en las Córtes á los mas adictos al rey y á los intereses de la federacion: que cada uno de los Comunes elija cada dos años dos diputados que se reunan en el lugar que se designe para velar por el pacto federal, castigando al que faltare con la multa de mil maravedises y doble en caso de reincidencia.»

Esta sola acta, españoles, dibuja toda una época, y si los textos legislativos son para el estudio de la vida de los pueblos como los fósiles para el exámen de la vida de los antediluvianos, mucho tienen nuestros hijos que estudiar en los códigos que heredaron; mucho tienen para contestar á los retrógrados del día. Pero hay hechos mas notorios aun que pueden utilizar mas fácilmente.

«Bien sabeis que yo, que por mis victorias y por mis leyes hubiera hecho felices á mis pueblos, fui derribado del trono por mi propio hijo: que despues Sancho III tuvo que disputar la corona á sus sobrinos; Fernando IV, á sus primos; Alfonso XI, á sus tios; que el hijo de éste fué llamado Pedro el Cruel por la rebelde aristocracia; que su hermano, Enrique de Trastamara, no le arrebató el cetro y la vida sino para dejar espuesto á su hijo Juan I á la venganza de los herederos frustrados; que Juan II, que Enrique IV... mas ¿para qué continuar? Ladeemos la vista de tales páginas, de tan vergonzosas divisiones, y demos gracias á Dios de que no soltara los únicos dos hilos que nos unian, la religion y la guerra contra los moros. Pues qué, ¿sin nuestras discordias interiores, los hijos del profeta hubieran durado tanto en nuestro suelo?

«El gran Pelayo ha dicho con razon que lo que siempre nos faltara fué la unidad política y nadie sintió mas que yo esta necesidad. Mi genio legislador me hizo conocer que aquella unidad era inasequible sin la uniformidad de la vida civil; que ésta debia basarse en unas mismas leyes que fueran uniformando los caractéres de las diversas provincias tan diferentes como sus respectivas vejetaciones; al grave castellano con el lijero andaluz; al industrioso catalan con el desconfiado valenciano; al laborioso gallego con el altivo aragonés. Por esto en parte alguna la unidad nacional habia de resultar de framentos mas incoherentes; en ninguna la presion de las circunstancias materiales empujaba con mas fuerza al aislamiento. No hay mas que dar una ojeada al mapa de España para convencerse.

Mis proyectos legislativos no solo encontraban las mencionadas dificultades, no solo tenia á cada instante que soltar la pluma

para cojer la espada, sino que me veia precisado á halagar con una mano á la nobleza, y con la otra al clero para que no se opusieran á las innovaciones que meditaba. Distribuí á la primera gran parte de mis dominios, y mi código os puede decir hasta dónde rayó mi condescendencia con el segundo. A unos y á otros acallaba porque me dejaran popularizar el estudio de las ciencias y de las artes útiles. Amplié los privilegios de las universidades, llamé á mi lado á los primeros sábios, cuidé mucho de la renovacion de los estudios jurídicos por el gran partido que la monarquía podia sacar de los letrados, clase intermedia entre el pueblo y la nobleza. Bien sabeis que las Córtes pidieron repetidas veces algun remedio contra la estéril abundancia de leyes; quise satisfacer tal necesidad con mi código las Partidas que ha sufrido mil elogios y mil censuras. Confieso desde esta region de verdad que fué una reaccion contra la nobleza, que fué una alianza entre la monarquía y el clero en perjuicio de las libertades públicas. ¡Bastante lo he lamentado en el seno de los remordimientos!..—«El orador se enternece y quiere bajar de la tribuna, y mil voces le detienen diciendo: «Continuad, proseguid, todos sabemos vuestras intenciones.»—

«Continuaré; pues lo deseais: No fui yo solo quien redactara ese vasto cuerpo de leyes, como no lo fueron Theodosio, Justiniano, Alarico, Egiza, de los que por sus órdenes aparecieron. Los legistas á quienes tanto favorecí, dedicados al culto esclusivo del derecho romano y las Decretales, desdeñaban el estudio de las leyes nacionales y los Fueros, con cuyos principios hubieran servido mejor á su patria, que con los de aquel testamento de la sociabilidad antigua. No lo estrañeis: hoy mismo nuestros hijos atienden mas que á sus buenas leyes á las abstracciones de

Rousseau, de Proudhon, de Bentanh. ¡Cuánto mas adelantaran con estudiar mas profundamente nuestros códigos! «Este, podrían decir, refleja tal civilizacion; aquel la otra; esta civilizacion sucumbió por la predominacion de tal elemento; aquella, por la de tal otro»..... «¡Qué de lecciones, qué de axiomas sociales recojerian, que les sirviesen de faro en su trabajosa marcha social! ¡Qué poco tendrian que mendigar fuera de su patria! Pero hay que confesar que nuestros hijos se curan poco de la confeccion de las leyes civiles, que á mi me preocupara tanto: hay que confesar que con sus métodos y fórmulas parlamentarias no podrán discutir en muchos años un solo código, y acaso convencidos ellos mismos de esta verdad, se contentan con nombrar comisiones que compilan, compilan y jamás crean ni inventan. Su mas urgente necesidad es una legislacion armónica en todas sus partes y en consonancia con la vida y el espíritu del siglo XIX. Esta conquista les seria mas útil que la de Tetuan ó Tánger.»

«Mas una buena coodificacion no puede lograrse sino en esos momentos en que las ideas se complacen en cierta especie de reposo: cuando la conciencia pública reina exenta de mezquinas pasiones, cuando su silencio deja al legislador percibir los verdaderos intereses, no de esta clase ni de la otra, sino del pueblo, que es el *ayuntamiento de todos los omes, de los mayores, de los medianos y de los chicos, ca todos son menester y non se pueden escusar.*»—Prolongados aplausos.

«Si el gran Pelayo recomendó la unidad política, yo recomiendo la unidad civil; y no una unidad de compilaciones ni de refundicion de viejos textos, sino de nuevas leyes, cuyos procedimientos correspondan al espíritu del siglo del vapor, y de la

telegrafía. Me felicito al fin con el gran Pelayo de que nuestros descendientes hayan patentizado á los hijos del profeta que su civilizacion se apaga y que la cristiana aumenta; y pidamos todos al Altísimo que el pueblo español, despues de tanto heroismo, no sea desatendido como aquel pobre soldado (señaló el orador á la estrema izquierda) que estoy mirando, simbolo por desgracia del genio de España y á quien conviene oír en esta sesion.»

El orador bajó de la tribuna y todos se encararon con el soldado señalado por el gran Alfonso. Despues de breves momentos de silencio, un hidalgo como del siglo XVI subió á la tribuna. Grandes aplausos me hicieron notar la popularidad del nuevo orador de quien se me figuraba haber visto retratos en todas partes.

«Acabais de oír, dijo, al gran Pelayo los orígenes de nuestra historia; porque esta en verdad no tiene una fisonomía marcada hasta la invasion de los árabes: habeis oído tambien al gran Alfonso lo difícil que es constituirse y conquistar á la vez, y que convenia oírme en esta sesion. Solo en la region de los muertos es donde puede escucharse la voz de un pobre soldado, de un literato despreciado, tras la de un rey tan sábio. No me quejo de nuestros hijos: han colocado mi estatua frente al santuario de las leyes, desde donde he escuchado cosas que al gran Alfonso hubieran acaso lastimado. Pero bien sabeis vosotros la distancia entre la paciencia de un rey y la de un pobre escritor.—Risas.—

«Voy á ocuparme primero de las ideas enunciadas por el Gran Pelayo; despues iré donde la improvisacion inesperada me conduzca.

El genio de España se asemeja á un guerrero que ora, canta sus amores, y al resplandor de las hogueras del campamen-

to escribe la epopeya de sus victorias. Sí, españoles; á pesar de tantos trabajos como nuestra patria sufriera, despues de organizada la reconquista por el gran Pelayo, nada mas sublime que nuestra prolongada lucha con los hijos de Islan. Reparad conmi-go: las mas vivas emociones del cristianismo exhaladas en una escena africana, el ardor y la sangre de la Arabia en continuo choque con el estoicismo católico, la cruz cubriendo con sus brazos un ala de los combatientes, al frente de la otra escudada con la media luna; dos razas de hombres odiándose por sus creencias y galanteándose por honor, mezclando á la vez sus huestes y sus literaturas, rivalizando en las galas del ingenio y en el arrojo que decide del éxito de las batallas. Tal fué nuestra contienda con el genio del Asia.»

«Sin duda que aquella hubiera terminado mas pronto sin las discordias interiores que el gran Alfonso ha indicado á la ligera. Es, pues, mas de admirar que el genio de España sostuviese vivas las hogueras del campamento por mas de 700 años. Cuando el genio de Asia sucumbe desangrado en nuestro suelo, viene á reemplazarle el de Africa bajo la repugnante figura de un reformador áustero que achacaba á la civilizacion asiática su debilidad congénita. La secta de los almoravides trae entre nosotros toda la ferocidad del desierto; y notadlo bien, toda la pujanza de los hijos del Atlas, ese poético gigante de las viejas edades, que con sus espaldas peñascosas sostenia la bóveda celeste y los ismaelitas, pastores nómados del desierto, y los sabeos agricultores del Iemen, y los berberiscos, últimos vástagos de la Numidia, y los sirios y los egipcios; todos, en fin, se estrellaron como hoy en los campos de Tetuan ante la resistencia Ibérica. ¡Cuánto nos debe la Europa, que hoy llama potencia de segundo

órden á la heroica nacion, sin la que acaso fuera toda ella musulmana! No parezca esto exagerado, y ya que Pelayo refirió el primer acto del gran drama, permitidme que os refiera el último con el laconismo posible.»

«Bien sabeis que Selim II, sucesor de Soliman, reunió en 1570 todos los recursos de su vasto imperio para dar un golpe decisivo á la cristiandad. Puesto que de la defensa de esta se trataba, nos correspondia de derecho el primer puesto. Allí, el mas temible general de la Puerta, mandaba 280 velas, y nosotros en union del Papa y de la república de Venecia, sin contar para nada con los ingleses, de lo que os alegrareis todos,—risas—armamos 250 buques á las órdenes del generalísimo señor don Juan de Austria. El 7 de octubre de 1571 se avistaron las dos flotas en el golfo de Lepanto. Nuestro generalismo al momento dió la señal de ataque y comenzó un combate tenaz, encarnizado, apasionadísimo, como que de él pendia si el Evangelio ó el Koran habian de imperar en Europa. ¡Pobre Europa si hubiera imperado el último! Y digo pobre, porque los que deseen saber lo que es el absolutismo y la supersticion en toda su desnudez, debieran haber acompañado á nuestros descendientes en su última entrada en Tetuan.»

«Pero volviendo á mi asunto: la flota turca se desordenó bien pronto y para terminar de una manera épica, don Juan de Austria acometió al buque almirante, y el combate al abordage fué espantoso. Yo me encontraba en la Marquesa sufriendo unas intermitentes dañinas; pero mi genio impetuoso me llevó al puesto mas peligroso, recibiendo dos arcabuzazos, uno en el pecho y otro en la mano izquierda, que perdí con gusto por mi patria.—Prolongados aplausos.—

«Sirva por tanto al inmortal Pelayo de consuelo ver en las aguas de Lepanto tan robusto y grandioso el gérmen de Covadonga.»

«No puede dudarse, ¡oh, españoles! que la Monarquía, á que aspiraba el gran Alfonso, embriagó á nuestra nacion de gloria. Pero en qué la empleó? Siento abordar esta cuestion; mas ya que el gran Alfonso dijo podiais mirar en mí el simbolo de nuestro pueblo, me precisa hablaros de mis desgracias.»

«Don Juan de Austria se admiró de mi heroismo en Lepanto, preguntó mi nombre y me dió recomendaciones para el rey su hermano. ¡Ojalá no me las diera! Salí de Nápoles para España en la fragata Sol, lleno de esperanzas, de dorados sueños, pensando iba á socorrer á mi pobre familia, prometiéndome ascensos, estudios, gloria.... ¡Pobre Cervantes! Una flota argelina nos hizo cautivos y tres dias despues me encontraba en Argel amarrado á una cadena. ¡Oh, Alfonso, ¿Se encontró el pueblo español despues de siete siglos de victorias amarrado tambien á otra cadena?—(Sensacion profunda.)»

«Dali-Mami, mi dueño en Argel, me encontró las cartas recomendatorias de don Juan de Austria, y teniéndome por un gran personaje y esperando un gran rescate, me trató con mas crueldad que á un perro: Alfonso dirá si en esto tambien tuvo el pueblo español alguna semejanza con este pobre manco. Pero escuchad, nunca me faltó lo que nuestro Solís llamaba *el heroísmo de la paciencia*. Todos sabeis tambien cuánto trabajé por libertar á los cautivos y cuántas conspiraciones por mí fraguadas abortaron por traidores, que nunca faltaron en los buenos movimientos de nuestra patria. Fui rescatado al fin de aquel infierno de los vivos y volví á España. ¿Para qué? ¿Cuál fué en ella mi

vida? Otro combate continuo contra las costumbres contemporáneas, contra las supersticiones religiosas y contra las rutinas literarias.»

«Lope de Vega y Calderon representaban al partido que en nuestra patria defendia el espíritu de la edad media, y yo el del Renacimiento y el Progreso. Felipe II favorecia á los primeros, y ahí teneis explicado el secreto de mi aislamiento, de mis desgracias y de mi pobreza.»

«Los extranjeros han admirado que despues de tantas batallas, de tantos cantos populares, de tantos romances, de tantas voces tradicionales, no surjiese un Homero Castellano ni sonase mas voz que *La Vida es sueño*. Y en verdad, españoles, un pueblo de génio heróico que resistió en siete invasiones sucesivas á la Europa, al Africa, al Norte y al Mediodia, que soportó ocho siglos de campañas, que se elevó enseguida triunfante, glorioso, lleno de ambiciones nobles y de grandiosos pensamientos, que tuvo en sus manos las llaves de las Indias y de las dos Américas, que poseyó una literatura imperecedera... Es de admirar, digo, se duerma enseguida como entontecido y que despierte diciendo: «soy el pueblo mas pobre de Europa, he identificado mi vida con el cristianismo, he pugnado porque el Koran no triunfase y no recibo mas que desprecios...!—El Gran Alfonso dirá si hay alguna semejanza entre las angustias de España y las que yo pasé en la calle de Cervantes.»

«Hay alguna, queridos compatriotas: Felipe II construyó el Escorial como una fortaleza inaccesible al nuevo espíritu europeo. Cerró la entrada á toda idea, á toda innovacion, y organizó un sistema de aislamiento y de silencio sepulcral que no era interrumpido sino por los sollozos de la Inquisicion. Nues-

tra España no fué mas que la fortaleza en la que el espíritu de la edad media se atrincheró para pasar el invierno que presajaba mi siglo. En esta hora crepuscular, en este silencio magestuoso é imponente en el que no resuenan los cantos del Cid, de Bernardo del Carpio y de los infantes de Lara; en esta época de suyo lúgubre, que no es la noche ni tampoco llega ser el día, nadie divisa por nuestros horizontes mas que la figura de mi don Quijote. ¡Sublime iliada de la pobre España, entusiasmada, ilusionada, fascinada mil veces y otras mil desengañada!—(Grandes aplausos.)

«Sí, de mi don Quijote; que si estudiais bien la historia de las letras humanas, os pasmará el que su sola lanza destruyese á la edad media.—(Muchas voces: ¡bien, bien! «Concluiré felicitando á nuestros descendientes por sus últimas victorias y quiera Dios sean aquellas mas provechosas al pueblo, y que este pobre manco no le simbolice por mas tiempo. Que nuestra patria se concentre; que trabaje en la unidad política recomendada por Pelayo, y en la coodificacion por el Gran Alfonso, y si algo bueno pudiera yo añadir á tan saludables consejos, seria el de recomendarles la unidad literaria y que estudiaran mas mi poema: que consideren en mi Hidalgo Manchego la virtud generosa y entusiasta, viviendo en su biblioteca con sus ideas, que toma por otras tantas verdades y que se estrellan despues contra las realidades de su siglo, contra los limites de lo posible: que estudien y comprendan bien mi pensamiento y no se abandonen en sus entusiasmos teóricos, bien progresivos, bien retrógrados, á utopias contrarias á la razon y á la experiencia.»

El orador bajó de la tribuna y fueron á estrechar sus manos una multitud de amigos: mientras á esto atendia, otro subió á

la misma, que se me antojaba ser uno de los prelados que asistieron al Concilio de Trento.

«Hermanos, dijo: no puedo menos de tomar la palabra para determinar bien algunas ideas aquí enunciadas que por una mala interpretacion pudieran dañar á la religion, con la que se identificó nuestro pueblo. Pelayo, Alfonso y Cervantes han dado buenos consejos á nuestros hijos; tambien yo quiero darles otro reasumido en esta breve sentencia: «Nada mas infernal en el mundo que una politica que no tiene por guia á la religion.» No recuerdo quién ha dicho: «No pretendais conocer á los pueblos sin conocer antes á sus dioses.» Verdad sublime á cuya luz conviene examinemos la suerte que España hubiera corrido siendo mahometana en vez de cristiana. De este modo pueden graduarse las ventajas de la gran iliada con los hijos del Profeta, y de si fué ó nó útil que nuestra historia se identificase con la defensa del cristianismo. Una rápida ojeada á las dos religiones es precisa en tal cuestion.»

«El principal carácter del mahometanismo es la unidad despótica que absorbe al hombre todo entero: La omnipotencia de una ley que todo lo regla desde la moral hasta la higiene. El segundo de sus caracteres es la predominacion del principio religioso que sirve de base á toda la organizacion politica y social. Por esto en el mahometismo la ley no se separa del dogma; ambas forman un todo indivisible, un edificio macizo en el que las piedras se sostienen unas á otras, siendo la religion la clave. Por esto todos los poderes deben estar reunidos en una sola mano; y Mahoma fué gran sacerdote, soberano, lejislador, juez y generalísimo de los ejércitos; y no pudiera haber ejercido á la vez todos estos títulos si no hubiera usurpado otro mas alto, el delega-

do de Dios. Esta confusion de la religion y la ley produjo en el curso de los siglos, que siendo inmutable la primera por naturaleza, impusiese á la segunda la misma inmutabilidad. Y como la ley, segun dijo el gran Alfonso tiene que seguir las transformaciones de los pueblos, quedó inmoble para los mahometanos, porque nadie podia tocarla. Aquí teneis esplicados el estancamiento y la retrogradacion de los hijos del Profeta. Consultad la historia y ella os dirá por qué desaparecieron los Califatos de Bagdad, de Córdoba, de Cairwan, de Fez y del Cairo.»

Yo bien sé, españoles, que algunos cristianos mas politicos que teólogos quisieran convertir la Europa en un gran convento, bajo la suprema direccion del Papa y regalar á éste todos los títulos que he dicho poseyó Mahoma. ¡Pretension inconcebible! No invento suposiciones: todos sabeis que en una reciente obra titulada del Papa, dice su autor que hoy cuenta con una gran clientela: «Si hay alguna cosa evidente tanto para la razon como para la fé, es que la Iglesia universal es una monarquía, y una monarquía absoluta.»

«Me libreria bien de hacer mencion de esta familia; pues ya dije al emperador Cárlos V, que poco los conocia quien pretendiera curarlos, si no fuera porque dan márgen á que otros reformadores racionalistas, por odio al despotismo clerical reputen al cristianismo de incompatible con los progresos de la civilizacion.»

«Verdad es que durante los siglos XI, XII y XIII, la Europa entera se encontró bajo el régimen monacal y teocrático. Pero si Dios lo consintiera no seria sin razon. Era por entonces preciso arrancar al hombre de sus aspiraciones mundanas, sumergirle en la contemplacion de la divinidad, donde únicamente

podía rejuvenecerse, como se rejuveneció, desechando la vida de los sentidos y entrando en la racional. Pero pretender que aquella forma transitoria pueda convenir á las nuevas generaciones, es igual á intentar vestir á un hombre robusto con las ropas de su infancia.»

No se me oculta que aquí alguno me preguntaría : «¿Es acaso el cristianismo perfectible ó perfecto ?» «A lo que respondo: Las relaciones del hombre con Dios, que constituyen el culto, así como las relaciones de hombre á hombre, que constituyen la moral, son inmutables y eternas. Porque mas fácil fuera hacer vivir al hombre en los aires que en una moral provisional, en un culto progresivo. Pero el cristianismo en su disciplina, en sus relaciones exteriores con los cuerpos políticos es perfectible ó puede serlo. Es el mahometismo y no el cristianismo, el que confunde la religion con la ley. Dad al César lo que es del César ; porque aunque vuestras relaciones civiles sean monárquicas, aristocráticas ó republicanas, nada importa, con tal que conozcais que la Justicia y el Derecho á que tienen que subordinarse aquellas, nada tienen de arbitrario, ni pueden proceder de un pacto, ni de tal ó cual género de sufragio. En toda sociedad es necesario un principio que fije y regule el orden y solo en Dios encontrareis la base de toda asociacion ; la Justicia y el Derecho, no como una teoría del entendimiento, sino como una verdad práctica, en la que se reasumen los Profetas y la Ley. En este sentido, y no en el ultramontano, podeis decir : que toda potestad viene de Dios, que toda autoridad reside en él solamente como en su principio, y que los hombres no pueden ser mas que depositarios. De aquí tres grandes verdades de la doctrina de Cristo : primera, dignidad del hombre, que no obedece

mas que á Dios; segunda, garantías del individuo contra los ministros de la autoridad, servidores y no dueños de la sociedad; tercera, libertad reglada por las leyes conformes con la Justicia y el Derecho. Tened presente que los partidarios mas decididos de la libertad no la confundieron jamás con la licencia. Toda libertad debe tener sus reglas, y estas son las que constituyen la Autoridad. No fué esta en el cristianismo sinónimo de poder, de dominacion, de absolutismo. «Vosotros sabeis, decia Jesus á sus »discipulos, que los Príncipes de las naciones las dominan y los »Grandes las tratan con imperio: no será así entre vosotros. El »que quiera ser Grande será vuestro Ministro; el que quiera ser »el primero será servidor vuestro, á ejemplo del hijo del hombre que no vino para ser servido, sino para servir y para dar su »vida por todos.» La autoridad cristiana no es, por tanto, mas que la inmolacion del individuo al bien general. No preguntéis quién ha enseñado á las nuevas generaciones la máxima contraria al espíritu de la edad media, que los gobiernos son para los gobernados y no los gobernados para los gobiernos.»

«Si los racionalistas modernos se limitasen á decir que el ultramontanismo no ha favorecido ó se ha opuesto al establecimiento de instituciones dignas del cristianismo, no disputariamos por cierto. Pero añaden que no tiene en sí fuerza civilizadora; porque le confunden con la teoria de los abusos de la edad media: Vosotros sabeis que las bases de toda civilizacion son la Autoridad y la Libertad, dirigidas una y otra por la Justicia: sabeis tambien que nunca sancionará el cristianismo la unidad despótica ni la confusion de la Religion y la Ley, ni permitirá que al hombre se le encadene para que no abuse de su albedrío. Ningun gobierno ha de ser mas paternal que el de Dios mismo. Dios

quiere salvar á todos ó hacer á todos felices; pero no puede salvar al hombre sin el concurso del hombre. El mismo nos lo dijo: «¡Jerusalen! ¡Jerusalen! ¡Cuántas veces he querido reunir á tus hijos como una gallina reúne á sus polluelos bajo sus alas y vosotros no habeis querido!»

«Privando al hombre de la libertad moral, base de todas las otras, deja de ser hombre, llega á ser máquina. ¿Es eso lo que quieren los enemigos de todo género de libertades?»

«Dudar por otra parte si la religion cristiana tiene en sí virtud para hacer á los hombres buenos ciudadanos, es dudar de sí participando en espíritu y en verdad del amor de Dios y del prójimo, pueden llegar á ser sinceros, justos, buenos y enemigos de toda especie de abusos y tiranías.»

«Que nuestros hijos se enorgullezcan de haber identificado su vida con la defensa del cristianismo; porque do quiera que este impere, la libertad surjirá y la civilizacion avanzará, al contrario de lo que sucede con el mahometismo. Si se quejan de los males que han padecido y padecen, que tengan en cuenta este mi consejo: no espereis la salvacion del mundo solamente de los progresos de la instruccion, de las artes y de las ciencias, ni aun de las instituciones sociales; porque en este caso desconoceis la naturaleza y la estension del mal. Reparad que á pesar de todos los progresos, el dolor de las sociedades no se ha calmado; porque la enfermedad de la humanidad es espiritual. Las continuas agitaciones de los pueblos lo patentizan, y el instinto de solidaridad es tan poderoso en el hombre, que desconociendo la importancia social de la Religion, ha querido organizar aquella por mecanismos exteriores. De aquí esas tentativas de nuevas religiones y de instituciones socialistas

que no han producido mas que decepciones. Sabeis por qué? Porque sus autores no conocieron mas que la atraccion de los apetitos y de los intereses.»

«Quereis que os diga por qué los hombres no creen en Dios? Porque los poderosos no creen en el hombre. Sabeis cuándo los hombres amarán á Dios? Cuando los que gobiernan amen á los pueblos.»

«La sociedad actual se vanagloria de muchas conquistas y oculta con sus esterioridades una gran desesperacion. No conoce la religion entendida espiritualmente: escuchad lo que decia Isaías: «todos los dias me buscan, dice el Eterno, y ansian por saber mis vias como una nacion que hubiera seguido á la justicia y no hubiera abandonado el juicio de Dios..... Por qué hemos ayunado, dicen, y no ha tenido consideracion alguna? »Por qué nos hemos aflijido y no se ha curado de ello?—Porque ayunais para formar procesos y querellas: no es ese el ayuno que yo he elegido, sino que *desateis los lazos de la maldad, que rompais los nudos de la esclavitud, que dejeis ser libres á los oprimidos, que partais el pan con los hambrientos, que hospedeis á los errantes aflijidos y cubrais á los desnudos.* Entonces vuestra luz surjirá como el alba del dia, vuestra salud germinará instantáneamente, vuestra justicia irá delante de vosotros y la gloria del Eterno será vuestra retaguardia: entonces orareis y el Eterno os escuchará, gritareis y él dirá: aquí estoy.»

«Necesita decir mas un teólogo español?—(Muchas voces: no, no.)—Pues concluyo recomendando á nuestros hijos la unidad católica; porque suprimiendo el catolicismo podrian los mortales tener abuelos; pero no un padre inmediato y comun que bajó al mundo á restaurar *tanto las cosas del cielo, como las de*

la tierra, sublime programa contra el que se estrellarán todas las tentativas retrógradas.—(Prolongados aplausos.)»

Subió á la tribuna un nuevo orador que parecia ser de fines del siglo XVIII. Por su actitud y maneras revelaba grande práctica en las discusiones políticas, y en tono magestuoso y templado dijo:

«Españoles, lo que acabais de oír al venerable prelado de Trento no tiene contestacion. Cierta es que la caridad reasume toda la religion bajo el punto de vista moral; pero bajo el de la inteligencia la verdad tiene los mismos derechos. Sin el amor ninguna union es posible; pero él solo no puede conducir á la union de los espíritus en una misma fé: esta fé es el vínculo de la paz entre las inteligencias, y cuando estas no creen de un mismo modo, los corazones no tendrán mas que una union ficticia.»

«Dios sabrá por qué á mis contemporáneos correspondiera la vida en la época de las grandes discusiones de la verdad católica. Confieso en nombre de todos aquellos que el ódio que en nosotros se suponía contra el catolicismo, no era mas que ódio á la supersticion y al absolutismo. Nuestro defecto consistió en no haber estudiado tan profundamente el Evangelio como el prelado que acaba de hablar. Pero escuchad la situacion de España cuando nosotros llegamos al escenario de la vida.»

«Las sempiternas campañas de nuestra nacion desventurada habian engendrado los perniciosos hábitos del hambre, de la pereza y de la desconfianza. Los campos se convirtieron en desiertos, las ciudades en ociosas villas, el pueblo en un enjambre de mendigos, los nobles en cortesanos y el clero no ofrecia al pueblo mas ideal que el de las comunidades mendicantes; es decir, que la nacion encontró su ruina en sus triunfos y victorias como

indicó el Gran Cervantes. ¿Qué quedó de su antigua gloria decía mi amigo Jovellanos, en su Ley Agraria, mas que los esqueletos de sus ciudades antes populosas y llenas de fábricas y talleres y almacenes y tiendas, y hoy solo pobladas de iglesias, conventos y hospitales que sobreviven á la miseria que han causado? «Todo esto nos hizo creer equivocadamente que la Religion se oponia á desear los bienes de la tierra, que en ella moralizan al hombre y le empujan á realizar bajo las formas visibles de la sociedad el órden superior de las ideas y de las creencias.

«La monarquía no comprendió su verdadera mision. Despues de haber consolidado la unidad de España contrarestando las clases y gerarquías, no se curó de organizar la vida civil. Hé aquí por qué su inmenso poder estuvo falto de base; hé aquí porque desde la cumbre de la prosperidad se sepultó en un abismo de miseria. ¿Qué podemos decir hoy á nuestros hijos? En nombre de mis contemporáneos les diria: qué cuando la vida civil no sostiene y alimenta la vida politica, las discusiones sobre la libertad no son mas que un escolasticismo estéril. ¿Qué deben hacer despues de vengados sus agravios en Africa? Pensar bien en que la tierra que fecundiza las poblaciones, la industria que las aviva y el comercio que las asocia son las únicas conquistas fecundas en este siglo. Estender y propagar los bienes de la tierra, buscar los legítimos medios de su distribucion entre las clases hasta hoy desheredadas para que los pobres coman y se sacien, como dice la Escritura: tal es el gran problema, la gran conquista del siglo XIX. Verdad es que en él han desaparecido las Corporaciones, las Maestrias, los monopolios y que la propiedad y la industria son libres. Pero esta misma libertad, la sed de ri-

quezas, la falta de sólidas creencias, han acumulado los capitales en ciertas y pocas manos, han matado las pequeñas industrias, han esterilizado las medianas fortunas, y el número de hambrientos es casi el mismo. No me cansaré de repetirlo: mejorar la condición física, intelectual y moral de las clases pobres es la gran tarea de los verdaderos políticos del día. Porque dirigir los negocios públicos por mayorías, cuestionar sin descanso sobre formas de gobiernos, sin que yo niegue la importancia de tales formas, es trabajo fácil y secundario. Conducir los asuntos sociales según las necesidades de las clases más desgraciadas es el gran trabajo político que puede proporcionar tranquilidad para el futuro. No os contentéis, diría yo á nuestros hijos, con que esas pobres clases soporten sin murmurar las privaciones y la indigencia: no os estrañéis de que busquen en tales ó cuales diarios los ecos de sus gemidos ni de que formen coaliciones tumultuosas que hagan temblar al poder; porque siempre fué el pauperismo una gran máquina de revoluciones y de despotismo. Considerad que después de los Gracos la hambrienta plebe Romana no fué más que el instrumento de las maquinaciones de Mário, de Sila, de Pompeyo, de Craso, de César, de Antonio y de Octavio.»

«Se había creído en mis días que la división de la propiedad y los progresos de la industria, bastaban para contener el pauperismo, escollo de todos los legisladores, esceptuando á Moisés. Pero hoy veis la insuficiencia de aquellos medios. El mundo es de los grandes capitalistas, nueva aristocracia tan insensible como la antigua. Escuchad el grito que hoy cunde por nuestra patria; ¿qué pide? Dehesas, dehesas, mas dehesas. Ese mismo grito pudiera llegarse á convertir en la máxima de Catón: «*Pascere,*» y Dios sabe dónde irían las nuevas sociedades sin las reformas so

ciales, que respetando el presente vayan abriendo vías al futuro.

«Si esto es ó no de urgencia, decidlo del paralelo del hombre que posee y el proletario. El propietario se ennoblece á sí mismo; su propiedad llega á ser una parte de su naturaleza, se le figura que crece, se desarrolla y consolida con su campo ó su taller. Adquiriendo y conservando, un secreto instinto le dice: *«Participa del ser divino á quien corresponden la creacion y conservacion.»* Sus ideas son mas elevadas, sus sentimientos mas nobles. Ama y bendice á Dios estrechándose con su patria, que le garantiza sus posesiones, y con su familia por el porvenir risueño que la prepara. La propiedad contribuye á amortiguar las pasiones y á desarrollar las buenas cualidades en medio de los trabajos agricolas se respira un aire penetrante de virtud: en los talleres, el del adelanto y el progreso.»

«El proletario pierde el amor á su patria, á su familia y hasta el sentimiento de su dignidad. Perdido éste, va resbalando en los vicios enjendrados por el envilecimiento y la miseria. ¡Ah! la miseria es el sepulcro del civismo y de la moralidad, es la oscura cueva de la envidia, de la desconfianza y de todas las pasiones ágrias y malévolas. No lo estrañeis: el pobre es un hijo desheredado que no puede pasar por las puertas de su padre sin una emocion dolorosa al ver que sus hermanos se divierten. Hay mas: los pobres tendrian sin duda menores penas si no tuvieran que soportar la sociedad del rico: el brillo de la fortuna de éste hace mas sombría la oscuridad de aquel. Hay mas aun: la ciencia, que es el pan de la inteligencia, le falta al pobre como el pan del cuerpo, no se atreve á pensar, no puede salir de su corteza, no tiene medios para cultivar su espiritu ni para formar su corazon. Si tiene afecciones no puede sensibilizarlas; él y sus hi-

jos no tienen mas sociedad que la de las fatigas, no tienen tiempo de escucharse ni de estimarse, estan unidos para sufrir y no para comprender ni amar; es, en fin, una familia sin interior.»

«Tales eran los sentimientos de los hombres del siglo XVIII, tan mal conocidos y ligeramente censurados. Y no se diga que estas ideas tienen cierto olor de esa nueva doctrina que tanto ha asustado á las nuevas generaciones bajo el nombre *Socialismo*. Porque hasta nuestros poetas las proclamaban, como podeis ver en los siguientes versos dirigidos al príncipe de la Paz por uno de mis queridos amigos:

Oh! Llegue el dia en que arrojado pueda
Sus brazos emplear, sin que le veden
La dulce propiedad góticos usos;
Y hasta su hogar amortizado lllore.
Llegue en que tuyas venturoso llame
Tantas leguas de estériles baldios;
Y libre y pueblo hasta las altas cimas.»

«Y no penseis que con solo ilustrar á esa desheredada clase la sanais: el mismo poeta os lo dice:

Entre ellos ¡ha Señor! en vano, en vano
Su dicha ansiáis con pecho generoso.
Sin fruto le instruis: el denso velo
Mejor le está de su rudez grosera.
En su ignorancia estúpida no siente
La mitad de su mal: le abris los ojos
Para hacerle mas misero; y que lllore
De su destino la desdicha inmensa.

Hé aqui por qué tengo que convenir con los oradores que me han precedido en que las lecciones de nuestra historia bastan para calmar las querellas de nuestros hijos. Confieso me enagené

cuando supe que en nuestra patria se habia levantado un nuevo partido llamado la Union liberal, nombre significativo por lo que voy á deciros.

La libertad es el primero de los derechos naturales y políticos, porque á todos sirve de iniciacion: la libertad es la principal dote de la naturaleza humana, que se alimenta de todo lo que forma la vida del espiritu y se desarrolla con la fuerza de carácter, con las luces de la razon y con la rectitud del corazon.

Sin libertad no hay vida moral, ni mérito ni virtud; y sin vida moral ya alcanzais lo que puede ser la vida política. Encadenar á los hombres por temor de que abusen de sus fuerzas es la política del absolutismo, por eso el absolutismo no se asemeja en un perfil siquiera, segun nos dijo el Prelado de Trento á la doctrina del Evangelio. El hombre creado á la imágen de Dios heredó de él la libertad: Dios respeta su imágen; no pudiendo violentar al hombre, porque esto seria aniquilar su esencia, pretendió vencerle por el amor. Tal es la doctrina evangélica, doctrina sublime que ha hecho ó hará á todos los pueblos cristianos, libres.

Sí mi humilde voz pudiera llegar al mundo político diria á los retrógrados de todas clases: No confiéis en proyectos contrarios al cristianismo: el exagerado temor á las innovaciones socialistas ha prestado una especie de vida ficticia á las reacciones: desconfiad de tal vida. Grabad bien en vuestra memoria que las condiciones económicas de la sociedad actual hacen imposibles las restauraciones, y que estas no estando animadas del espíritu del siglo, se desmoronan aunque las pongais de pié.

Voy á concluir aconsejando á mis hijos predilectos, hijos de iniciativa, que á fuerza de trabajos, de peligros y de perseve-

rancia lograrán el reinado de la libertad. ¿Qué sucedería, en verdad, si los mortales recularan ante las dificultades de una obra? ¿Qué sería de las sociedades y qué sería de las ciencias? ¡Ah! todas las conquistas fueron costosas, todas las buenas teorías fueron denominadas utopías, por esos prácticos que se sonrien de los innovadores. Pero la civilización sigue su marcha y los prácticos asisten al espectáculo de sus derrotas, y ven al fin desmoronadas las instituciones que á sus ojos tenían la solidez de una roca. He dicho.

El orador bajó de la tribuna y muchos preguntaban á la vez: ¿Qué recomendamos en fin á nuestros hijos? Una gran voz resonó por toda la asamblea y dijo: «Que los últimos sacrificios de nuestro pueblo por la guerra de Africa merecen gran recompensa:» porque Dios tiene escrito en el libro de los destinos: «La reforma hoy ó la revolución mañana.

Pidamos ahora todos al Altísimo que nuestros hijos no resistan á la primera para que logren evitar la segunda.

De repente aquella muchedumbre se arrodilla, un magestuoso silencio se sucede y una sola voz esclama: Monarcas, guerreros, plebeyos, nobles, ricos, y miserables, miremos todos al juez severo de las vidas, al árbitro de los destinos diciéndole: «en virtud de la sangre vertida por nuestros hijos en la inculta Africa, no permitais, señor, que el heróico pueblo español simbolice por mas tiempo al gran Cervantes.»

Con gran fervor exclamé yo: *Amen*, y desperté. Y ya despertado vuelvo á percibir nuevas voces que decian. ¿Qué hemos sacado de la guerra de Africa? ¿A dónde se fueron las esperanzas en ella cifradas? ¿Dónde aquellas agitaciones misteriosas en todas partes sentidas? ¿Dónde aquellos presentimientos indescifra-

bles?... Siempre la misma España, mil veces ilusionada, otras mil desengañada!... Ah! Si antes del sueño, la historia me preocupaba, despues del sueño, la historia vuelve á decirme: «yo manifestaré á los españoles todos sus títulos y sus destinos: porque yo dispongo de todas las virtualidades del pasado, de una fuerza inmensa que con magestuosa lentitud se abre paso por entre la inercia de los unos, la ignorancia de los otros y los intereses de aquellos: yo haré palpable que la vida de los pueblos es inconcebible sin la actividad y el movimiento: que el verdadero *conservador* es el que marcha con el mundo; el *revolucionario* el que se opone á tal movimiento: yo cambiaré toda la terminología politica, determinaré las creencias y marcaré el rumbo que seguir debe nuestra patria.»

Felicitáos, hijos míos, de haber nacido españoles y no envidieis el esplendor de otros pueblos, que podreis sobrepujar, luego que entreis por completo en las anchas vias del progreso; pero tened en cuenta que esto no lo lograreis hasta que estudiéis filosóficamente vuestra historia, la mas rica la mas variada, la mas sublime de todas las de los pueblos de Europa, que han admirado vuestro heroísmo en vuestra última campaña, y vislumbran ya hasta donde podreis elevaros luego que sobresalga un genio que represente y dirija todas vuestras buenas tendencias y virtudes.

FIN.

